
CAPÍTULO IX.

Reflexion hecha en presencia de Laodicea. — Últimos rayos de esplendor pasado. — Paisaje verdaderamente oriental. — Tripoli. — Beyrouth. — Misioneros anglicanos. — Un ministro de su propaganda y un noble ruso. — Las casas de enseñanza. — Obstáculos opuestos á la educacion. — Una jóven convertida. — Escuelas normales. — Hospital de S. Vicente de Paúl. — Israelitas socorridos. — Parroquias católicas. — Gran ceremonia mahometana. — Catedral siro-católica.

El católico que visita los países orientales experimenta á cada paso la dulce satisfaccion que le inspiran los templos de su comunión levantados en los lugares mismos donde existieron los primeros del cristianismo. Una mano invisible y poderosa, desbaratando los esfuerzos de los disidentes, les ha impedido apoderarse de esos sitios tan venerandos, ya por los recuerdos bíblicos que les están ligados, ó ya porque con su presencia y su fervor los consagraron los primeros PP. de la fe. Esta reflexion hacia encontrándome en Latakia, la antigua Laodicea. Un Turco se ofreció para llevarme á la mision católica; y atravesando en efecto bellísimos jardines, me colocó en el mismo sitio ocupado en otro tiempo por el primer templo cristiano construido en Laodicea, y que hoy pertenece á una mision de religiosos Franciscanos. La voz que dirigiendo terribles amenazas contra un obispo que ejercia su ministerio con tibieza en este mismo lugar, decia: « Soy testigo fiel y verdadero, sé tus obras, y que no eres frio ni caliente; por eso comenzaré á vomitarte. Dices: Rico soy, lleno estoy de bienes y de nada necesito; miéntas

tanto eres cuitado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que compres de mi oro refinado, para que seas rico, y te vistas de ropas blancas, de modo que no se descubra la vergüenza de tu desaudez. Unge tus ojos con colirio para que veas.... Ármate de celo y arrepíentete (1), » jamás podía presentarse á mi imaginación con mayor viveza como cuando acababa de atravesar huertos, y ver en estos á los popes divertidos en tomar sus flores y sus frutos, mientras el pueblo de que se han encargado se recrea con otros frutos que prohíbe la santidad del Evangelio. Es digno de notarse que la escuela de esta misión siendo la única del pueblo dirigida por Europeos, han necesitado sus maestros para instituir la pasar por la doble prueba que les hicieron sufrir los vejámenes de los Turcos y las persecuciones de los Griegos.

Como último rayo del esplendor pasado subsiste en Laodicea, pero convertido en mezquita, un templo de soberbia construcción, y cuyos jeroglíficos anuncian haber pertenecido á los monjes de S. Antonio. También se ven algunos restos de castillos que levantaron los cruzados, y cuyas murallas y fortificaciones, parte caídas y parte en pie, explican bien la disolución que amenaza al imperio á que pertenecen.

Una soberbia tienda de campaña arreglada sobre el puente del vapor, y la bandera otomana puesta sobre su palo mayor, anunciaban venir á bordo algún alto personaje del gobierno: este era, en efecto, el bajá de Siria con una numerosa comitiva de ulemas, cadis, militares y criados. La cubierta del *Leonidas* representaba por la noche uno de esos paisajes cuya fisonomía, semejante á los sueños orientales, puede con razón estimarse como exagerada ántes de palpase su realidad. La tienda del bajá alumbrada con hermosas lámparas, cuya luz reflejaba sobre los objetos agrupados en su rededor, la claridad inmensa de la luna plateando las aguas de un

(1) Apocalipsis, cap. 1H.

mar tranquilo, la diversidad de hombres reunidos, la diferencia de sus costumbres, trajes é idiomas, la guardia del bajá de pie á la puerta de su tienda, sus cortesanos echados sobre ricos almohadones fumando en desmesuradas pipas, los Turcos en corrillos saboreando cuentos que les refería algún isman, los monjes sirios con su barba hasta la cintura leyendo en voz alta su breviario á la luz de una candelá, los marineros franceses saltando al compás de un clarinete, y los Griegos entonando sus canciones al son triste de sus flautas, algunos eclesiásticos de Paris, un diplomático austriaco y dos oficiales napolitanos que observaban admirados este cuadro, animado por tantas variaciones, y en fin, yo mismo, separado de mi país por tres mares y cuatro mil leguas de distancia, todos parecíamos habernos reunido allí para representar en un solo panorama las fisonomías, el idioma, las costumbres y la fe de Asia, África, América y Europa. ¿Mas qué objeto había reunido en las cortas dimensiones de una embarcación á tantos individuos venidos de países tan remotos unos de otros? No era difícil adivinarlo, puesto que ellos mismos lo repetían á cada instante. A excepción del bajá y su comitiva, y uno que otro comerciante, todos los demás marchaban á postrarse delante del Sepulcro de Jesús crucificado. ¡Atracción prodigiosa que ejerce un influjo igual bajo todos los climas y en todos los países de la tierra! ¡Ah, y qué bien la presagiaba el que hace tres mil años: «Vendrán, decía, gentes de las regiones más lejanas para adorar los vestigios de tus pasos!»

Trípoli, á quien la belleza del país, su comercio floreciente, la vecindad de Damasco y de otras poblaciones numerosas del Asia le aseguran un porvenir grandioso, en el órden moral posee también hoy un lugar importante. Escuelas donde se educan más de trescientos niños, y misiones donde se regenera é ilustra una multitud para quien nada existía fuera de un mundo material, y una fe que consiste solo en ceremonias exteriores; dan á esta ciudad pequeña una

fisonomía mas culta que todas las edificadas en las costas de la Siria. Diversas congregaciones religiosas (1) tienen allí establecimientos de enseñanza, y su trabajo incesante ha traído al catolicismo la mayoría de los cristianos que la habitan.

Trozos de hermosas columnas de granito y bellos chapiteles que pertenecieron como aquellas á regios edificios, me indicaban pisar el suelo de alguna ciudad célebre en otro tiempo. Me encontraba en Beyrouth efectivamente, y aquellas muestras de su antigua suntuosidad recién tiradas de las entrañas de la tierra, pertenecieron quizá al palacio ó al teatro de Heródes Agripa. Como gran centro de comercio, llama á su seno una concurrencia numerosa de Asiáticos y Europeos; ella florece, y su poblacion es una de las mas considerables de la Siria (2). El movimiento continuo de los almacenes y bazares, la agitacion que se percibe en los que trafican sus calles estrechísimas, ese deseo tan pronunciado de adquirir fortuna que encontraba en tantos millares de extranjeros avecindados en Beyrouth, me hacia apreciar tanto mas la abnegacion de otros individuos tambien extranjeros, pero ocupados en negocios de otra especie que los terrenos y materiales. Mas entre estos individuos los hay representantes de diversas creencias: todos, es verdad, abandonaron su país para ir á propagar los dogmas de su profesión, todos ofrecieron un sacrificio al parecer meritorio dejando los deudos y familia; pero no todos soportan las amarguras de la Cruz que el Autor del cristianismo ató indisolublemente á la propaganda de su doctrina. Cuando encontraba en Beyrouth misioneros interesados en especulaciones mercantiles, misioneros acompañados de las prendas que deben ser mas caras á su corazon, los hijos y la mujer, y misioneros, en fin, que habitan sus casas y rodeados de

(1) Franciscanos, Lazaristas, Carmelitas y Jesuitas.

(2) De 40 á 50,000 almas, de las que 12,000 son católicos.

las conveniencias que hacen cómoda la vida en todas partes, no podia ciertamente comparar su sacrificio con el que inspira en otros el que dijo: «Os envió como corderos en medio de los lobos; no lleveis bolsa, calzado ni provisiones, comed lo que os pusieren por delante, y predicad á todos el Reino de Dios.» Piense cada uno como quiera; pero á pesar de los encomios que los meetings bíblicos de Lóndres y New York han dispensado á los Evangélicos, los resultados de estas dos clases de propaganda son bien diferentes. Uno de aquellos conversaba en Alepo con un noble Ruso que hacia el viaje del Oriente; y le hablaba de los trabajos que tenia entablados entre diversas comuniones cristianas, pero cuyo resultado no seria obra sino del tiempo y de la reflexion de los individuos que se proponia convertir. — «¿Por qué no trabaja V. predicando de viva voz como los Apóstoles? le preguntó el Ruso. — Los tiempos han variado; al hombre que tiene en sus manos la Santa Biblia le basta la palabra de esta para persuadirse de la verdad del cristianismo. — Pero es necesario que V. explique sus pasajes oscuros. ¿Cómo quiere V. que uno de estos Orientales, ignorantes y groseros, vaya á entender la virtud del cristianismo leyendo simplemente el texto de la Biblia? Si no se les dan las explicaciones necesarias, esté V. seguro que las Biblias que se les distribuyan correrán la misma suerte que los millares de ejemplares que he visto inútilmente depositados en Alepo. Mas permítame preguntarle: ¿Por qué trabaja V. por convertir á los que son cristianos? ¿Acaso el protestantismo que VV. enseñan es mejor que la *ortodoxia*, que profesamos nosotros y profesan tambien estos? Vaya V. á predicar á los Árabes y á los Turcos, que no conocen á Cristo, y no sirva de escollo á los que le conocen y confiesan. — ¿Qué quiere V.? yo debo misionar, porque para esto soy pagado por la propaganda de New York, y me es mas fácil hacerlo entre los Griegos, cuyo idioma conozco, que entre los Árabes y Turcos, cuyas lenguas me son desconocidas. Los papistas dirigen sus trabajos con esmero entre

la plebe de aquellos, hablándoles su propio idioma, yo hago lo mismo dirigiéndome á los *ortodoxos* y católicos en la suya, para recomendarles la lectura de la Biblia.» — Esto no pudo satisfacer al noble Ruso, que estimaba como verdadero atentado la propaganda del ministro norte-americano entre los individuos de su comunión. Él, contándome este lance, repetía muchas veces, pero siempre con sorpresa: «Debo misionar, porque para esto soy pagado por la propaganda de New York.»

«El mas bello espectáculo que presenta la Iglesia Romana, dice un protestante, es el de sus misiones numerosas, donde sus apóstoles se muestran animados del celo mas ardiente. Este es un hecho esclarecido que hace honor á aquella Iglesia, y nosotros somos los primeros en reconocerlo.» Á este género de apóstoles pertenecen los individuos que con abnegacion superior á todo elogio predicán en los templos, curan en los hospitales, y enseñan en numerosos establecimientos abiertos en Beyrouth. Solo la paciencia que inspira la caridad cristiana puede vencer los graves obstáculos que encuentra entre los Orientales la ilustracion, con especialidad cuando se trata de darla á la mujer. Imbuidos por el islamismo en falsas ideas acerca de la mision de aquella, creen no solo inútil sino aun prejudicial concederle cualquiera especie de instruccion. «Para los hombres puede ser útil la enseñanza, especialmente de los idiomas, dicen; ¿pero con qué objeto educar á las mujeres, cuyo ministerio está reducido á cuidar de su casa y de sus hijos?» La pereza natural, la volubilidad de genio y la diferencia de cultos suscitan al mismo tiempo otra infinidad de escollos en que podría fracasar cualquiera empresa que no estuviese fundada sobre esa inagotable caridad que inspira el Evangelio. El Turco, el Griego, el Sirio y el Armenio hacen cada dia sus encargos al rector del colegio ó á la superiora del monasterio de no perturbar las creencias religiosas de sus hijos. ¿Como si el error pudiera hermanarse con la verdad, ó la luz estar junta

alguna vez con las tinieblas! Los obispos griegos han pasado mas adelante: sin haber abierto ningun colegio para instruir á la juventud de su comunión, condenan en largas pastorales los de niñas dirigidos por religiosas católicas; y algunos se han empeñado en arrancar por fuerza de estos asilos de la indignancia las huérfanas recogidas por la misericordia y la caridad: en Constantinopla, en Smirna y Beyrouth estos sucesos son recientes. Pero tan léjos de persuadir los superiores á ningun disidente del catolicismo para que asista á las instrucciones que se hacen para los católicos, dejan á todos en completa libertad para proceder en cuanto pertenece á religion. Mas, las eficaces impresiones de ese «espíritu que donde quiere sopla,» ¿quién es tan poderoso que pueda borrarlas, ni tan previsora que alcance á prevenirlas? Unas veces el ejemplo, otras la curiosidad y muchas los estímulos de la propia conciencia han sido el principio de conversiones brillantes realizadas en estos establecimientos.

Tuve ocasion para instruirme de un suceso en que la inocencia, forzada á suscribir lo que resistia el corazon, dispartaba todas las simpatías nobles y generosas. Una jóven, hija del S^r***, comerciante rico de Beyrouth, pidió con instancias á sus padres le permitiesen permanecer en el colegio, miéntras el retiro que las niñas católicas hacian para prepararse á su primera comunión. «¿Y qué hareis allí? le decian sus padres: no puedes asistir á la misa de los católicos, ni oír los sermones de sus presbíteros; ¿qué hareis pues durante tres dias en el establecimiento?» Mas el corazon y el convencimiento arrastraban al seno de la unidad á la jóven Helena... «Yo estoy, decia á sus padres, anegada en lágrimas, yo estoy convencida que el catolicismo es la verdadera Iglesia... la nuestra no es mas que un ramo cortado: tengo ya diez y seis años; ¿por qué no habreis de permitirme entrar en su seno? Dejadme obedecer la voz de mi conciencia... Vivo muriendo todo el tiempo que estoy separada del único

rebaño de Jesús. » Mas aquellos padres, insensibles á la voz que levantaba la angustiada conciencia de su hija, insensibles á sus ruegos y á sus lágrimas: « Tranquilizaos, le decían; la Iglesia griega y la latina son una misma; el patriarca de Constantinopla es tan obispo como el Pontífice Romano. No os hareis católica, porque nosotros no lo somos. » Respuesta que envuelve un grave insulto hecho á la conciencia. Sin embargo esta jóven perseveraba aun en su propósito, cuando tuve ocasion de conocerla en el colegio. Como este suceso ocurren otros muchos: personas convencidas hasta la evidencia de la necesidad y verdad de la unidad católica desean abrazarla; pero su resolucion viene á estrellarse en el capricho ignorante de sus mayores que, como los padres de Helena: « Todo es una misma cosa, » les responden, ó á veces de una manera peor, harto mas dolorosa para el cuerpo y mas conforme al modo brusco de aquellas gentes.

Otra institucion de grande importancia observé desarrollarse en Beyrouth con inmensa utilidad de la civilizacion: tal es el colegio para preceptoras, primero de este género que se ha conocido en el Oriente. Las escuelas del Libano estaban dirigidas por personas ineptas para el importante cargo de formar el corazon tierno de los niños, y el colegio de Beyrouth, socorriendo esta necesidad, tomó á su cargo la educacion de maestras llenas de conocimientos útiles, de sólidos principios y de virtudes ejemplares.

Inmediato á aquel gran colegio donde la accion católica tan eficazmente desarrolla el gérmen de vida y civilizacion para los pueblos orientales, veía otro vasto edificio en cuya puerta agolpado un número crecido de individuos parecian buscar con ansia alguna cosa: allá fuí yo tambien, y mezclado con los que entraban, me encontré junto con ellos en un salon del hospital de S. Vicente de Paúl. Un médico frances se ocupaba en recetar, y cuatro Hermanas de la caridad desempeñaban los oficios de cirujano y boticario en beneficio de aquella multitud de pobres, venida desde léjos para consultar sus

enfermedades. Un hombre de barba cana y mas larga que la de los otros, y de fisonomía grave y taciturna, me llamó la atencion entre todos los concurrentes: vestia hábito talar como los Turcos, pero sin el turbante sobre el gorro que distingue á aquellos; su semblante era triste y melancólico, de tal modo que por su fisonomía cualquiera comprenderia bien la pena que le causaban los padecimientos de dos niños que, cubiertos de lastimosa lepra, traía de la mano. Luego que se presentó á la puerta, dejando el mas pequeño la mano de su padre, se dirigió con pasos trémulos á una de las religiosas, que divisándole venir corrió hácia él, y tomándole en sus brazos le llevó al médico, volviendo luego por su hermano. El facultativo reconoció las llagas de los chicos que iba desatando la religiosa, y esta, concluida la operacion, acomodando muy bien á sus enfermos, partió á preparar las medicinas que necesitaban, y que aplicó poco despues con el mismo amor que lo habria hecho una madre con sus hijos. Deseaba yo saber quién fuese aquel hombre, cuyos hijos tanto interes inspiraban á aquellas buenas hermanas; lo pregunté á estas mismas, quienes me dijeron: « Es un pobre judío, cuyos hijos padecen hace mucho tiempo: todos los dias viene á estas horas para que se les cure. » Un judío era el objeto que tanto amor inspiraba á las Hijas de caridad. ¡Qué hermosa es esta virtud cuando, siguiendo el curso que le señala el Evangelio, se derrama sobre toda clase de personas sin excepcion!...

La Propaganda de Roma tiene confiada á los Capuchinos la parroquia de Beyrouth, y estos cuidan de las escuelas públicas establecidas para los niños. Los Franciscanos y Jesuitas los auxilian, y el efecto de sus trabajos combinados bien se deja percibir en las costumbres y en la instruccion de los cristianos.

Impresiones muy tristes me causaban los cortejos repugnantes que solian desfilar por las calles volviendo de las mezquitas, donde habian ido á presentar algun muchacho que

salía por primera vez de su casa, despues de recibida la cruel marca que ordena llevar á sus creyentes la ley del Alcoran. Los de las personas ricas, precedidos de músicas y tambores, llamaban mas la atencion para hacerlos todavía mas odiosos á la imaginacion. Yo ví llevar á dos de aquellos montados sobre caballos ricamente enjaezados, vestidos con mantos de escarlata, con espadas de plata entre sus manos y rodeados de esclavos, que llevaban la brida. Los ulemas les seguian, y una multitud de muchachos les victoreaban, como si aquel día fuese el de su triunfo. Para los que viven familiarizados con semejantes espectáculos no deben parecerlos extraños; á mí que no los conocia me disgustaban, como bárbaros é hijos de una ley dura que arrebatá al individuo su dignidad espiritual, para darle por única religion señales materiales que nada significan, ni nada bueno producen en beneficio de los hombres. Los mahometanos, sin embargo, llenando su ceremonial, les dan grande importancia, y celebran en ella el puesto de soldado de Mahoma, que ha conseguido el niño mediante las incisiones dolorosas hechas en su cuerpo por el cuchillo del ulema. Ese pueblo que se agolpa para victorear á los que consiguieran semejante distincion, no comprende sin embargo este contenido; él va allí esperando una moneda, y cuando la haya recibido, jamas volverá á acordarse del triste cortejo que acompañó por interes. ¡ Ved ahí la majestad de las grandes ceremonias mahometanas!



CAPÍTULO X.

Vista imponente del monte Líbano. — Los cedros de la cumbre. — Los Maronitas. — Los Drusos. — Suposiciones de Dumas. — El verdadero becerro. — Mision de los Evangélicos en el Líbano. — Señales de fervorosa piedad. — Lauras de los antiguos anacoretas. — El patriarca maronita y sus sesenta y siete monasterios. — Grandes seminarios. — El clero maronita. — Las monjas árabes. — Aphec. — Ojeada sobre Balvec. — Damasco. — Los derswiches é Ibrahim Pachá. — Condicion de los cristianos mejorada. — Patriarcado católico. — Suceso lastimoso. — Recuerdos. — Djoun. — Lady Ester Stanhope. — Sidon. — Tiro. — Los pozos de Salomon. — Las montañas de Saron. — Tolemáida. — Un ejemplo de abnegacion.

Allá en el Nuevo Mundo habia contemplado alguna vez las plateadas cimas de los Andes, que nacidas en el seno de los Esquimales, atraviesan majestuosamente las vastísimas regiones de la América, y mueren sofocados entre las ondas tempestuosas que levanta la lucha eterna de dos Océanos. Aquel magnífico espectáculo exhibido por la *gran Cordillera* en la extension de un mundo que recorre, lo veía reproducirse alejándome de Beyrouth en otra sucesion de montes elevados, que si bien no presentan las enormes masas que aquellos gigantes de la creacion, sobradamente compensan esta falta con la imponente majestad y hermosura graciosa derramada sobre sus formas, símbolo de las obras mas privilegiadas y perfectas del Criador. «Ved ahí el monte Líbano, me decia á mí mismo comenzando á subir sus caminos erizados; ved ahí el Líbano, símbolo de la gloria del Señor, y cuya tierra produce elevados planteles de virtud.»